

# el malpensante

lecturas paradójicas • septiembre 16 • octubre 31 del 2000 • Nº 25

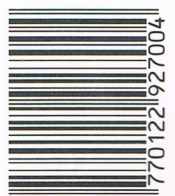


## la guerra

contra las drogas promete acabar con Colombia.

¿Cuáles son las alternativas?

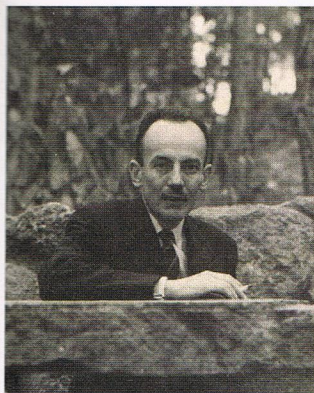
P.V.P. \$5.000 • US\$8



9 770122 927004

TAMBA POSTAL REDUCIDA Nº 509 • VENEZUELA DIC. 2001

# sumario



© Archivo Familia Lleras



© John Naranjo

## Dossier:

**La guerra contra las drogas promete acabar con Colombia. ¿Cuáles son las alternativas?**

*Entre la estupidez y el fanatismo* ..... 7

*En portada de Time* ..... 10  
Alberto Lleras Camargo

*La guerra contra las drogas:  
otra impostura* ..... 14  
Randy Paige entrevista a Milton Friedman

*La locura de la hierba* ..... 24  
Eric Schlosser

*Es imposible ganar  
la guerra contra las drogas* ..... 52  
George Soros

*Cambio discontinuo* ..... 58  
Jonathan Fish

*Entre el fascismo y un castillo de naipes* ..... 66  
Andrés Hoyos

*Qué decirles a tus hijos  
de tu consumo de drogas* ..... 78  
Patricia Pearson

*Colombia: de la prohibición  
a la guerra contra las drogas* ..... 82  
Andrés López Restrepo

*La manera en que juzgamos  
a un héroe caído* ..... 106  
Ethan Nadelmann

*Un alegato en favor de la legalización* ..... 110  
Gary E. Johnson

**Índex** ..... 114

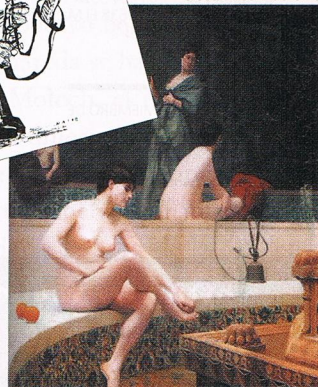
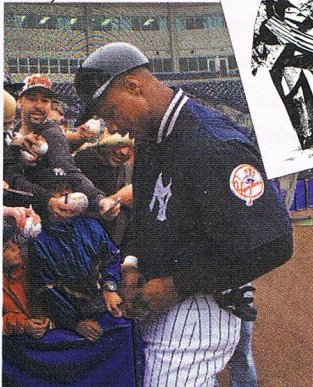
**NATIONAL** EXCITING • INFORMATIVE • FEARLESS  
VOL. 9 • NO. 122 JULY 14, 1973  
**SPECULATOR** 25c

**Pot Smokers Beware...**  
Scientists Report:  
**MEN GROW BREASTS!**

**Bizzare Side Effect**

© Kathy Willens

© Jean-Léon Gérôme



# ENTRE LA ESTUPIDEZ Y EL FANATISMO

COMO BIEN LO SABEN los lectores de esta revista, en ella no se suelen publicar editoriales: porque no nos gustan los consensos excluyentes, porque recelamos de quienes afirman poseer verdades incuestionables, porque no tenemos mayor doctrina salutífera o de otro tipo que difundir entre nuestros lectores, porque preferimos el sano escepticismo y nos gusta proyectar una imagen contradictoria, en el aire de la palabra que adorna nuestro lema de "lecturas paradójicas".

Sin embargo, existe un contadísimo grupo de fenómenos en el mundo que son sencillamente imposibles de leer en forma paradójica. Es este el caso de la así llamada "guerra contra las drogas". A lo largo de los últimos veinticinco años, el narcotráfico fue creciendo y ramificándose en el cuerpo, desde luego que no sano, pero sí precariamente viable de lo que solía ser nuestra nacionalidad, como fueron creciendo y ramificándose las muy cambiantes políticas intentadas para combatirlo. No es nuestro propósito sacar a relucir aquí las debilidades o impudicias que durante años signaron la relación de muchas personas e instituciones con los narcotraficantes, pues a estas alturas ya está agotada la utilidad del señalamiento —cuando la ley proceda, que proceda la ley, y nada más. Lo que sí nos incumbe es señalar que si en el pasado hubo gente débil o complaciente, pero no necesariamente criminal, que obtuvo beneficios secundarios del narcotráfico, la humareda se ha disipado y descubre la brillante cara de Moloch, el monstruo de la realidad presente. Porque el dinero del narcotráfico ya sólo beneficia a lo peor que en la escala humana hay en este desbaratado país, sin que beneficie a nadie con atenuantes que permitan dudar a la hora de la condena. Hablamos de los pequeños y eficientes grupos de narcotraficantes cuyo bajo perfil actual no puede ocultar que

son en esencia despiadados y que les importa un bledo la destrucción del país; hablamos de una cantidad indeterminada pero menguante de políticos, funcionarios públicos, policías y militares que todavía se dejan sobornar por ellos; hablamos de la creciente horda de paramilitares de corte fascista y asesino cuyo terrorífico avance está llevando el conflicto a un punto de no retorno; y hablamos, por supuesto, de los crueles y fríos discípulos de Pol Pot, cínicos perpetradores de miles de secuestros, reclutadores de niños para la guerra y cobardes destructores de pequeñas poblaciones, quienes no tienen derecho alguno de arrogarse la representación del pueblo colombiano, defínaselo como se lo defina.

En esto, la precariedad de la democracia y las injusticias históricas no vienen para nada a cuento, pues no están en el origen de las actividades presentes de los grupos involucrados en el narcotráfico ni en últimas serían remediadas por ninguno de ellos. Uno sólo tiene derecho a afirmar que defiende a alguien cuando lo representa, y las estructuras verticales, autoritarias, militaristas y conspirativas que estos grupos se han dado a sí mismos no están diseñadas para representar a nadie distinto de sus propios miembros. Las justificaciones que se citan al respecto son medias verdades viejas convertidas en grandes mentiras nuevas, y si algunos las repiten es simplemente porque les da miedo rectificar o porque les irrita que la realidad haya desmentido sus ilusiones. La vigencia de la llamada deuda social es aceptada hoy por los ciudadanos sensatos, y a un país como Colombia le conviene pagarla, no sólo por razones de equidad sino porque sin mejorar la situación de la gente no hay mejora posible en la situación del país en el largo plazo. Sin embargo, existe una forma de suicidio de las sociedades que consiste en secula-



© Naide

rizar la doctrina del Pecado Original, diciendo algo así como: ya que en el pasado, que es por esencia irreformable, pasó tal cosa, en el presente estamos condenados a solucionar problemas a un ritmo imposible, y para peor de males en medio de la guerra, o sea, estamos condenados a esperar en la improvisación o en la inmovilidad a que nos masacren.

De cualquier manera, no es la nuestra una lectura particular. Todos los sondeos que se han realizado en los últimos años en amplios espectros de la nacionalidad dan a estos grupos un ínfimo índice de aceptación que hace todavía más inmoral cualquier presunción de imponer modelos sobre las mayorías.

Pero si esta escoria de la nacionalidad tiene el inmenso protagonismo que hoy tiene es porque desde hace años se aplica a nivel nacional e internacional una política estúpida, promovida con fanatismo incomparable por los grupos de poder en los Estados Unidos: la guerra contra las drogas. Aunque Estados Unidos es un país poderosísimo, habitado por mucha gente creativa, también tiene una cara oculta, menos conocida y embarcada en una creciente ola de barbaridad: la que, por ejemplo, les permite aplicar la pena de muerte a menores de edad, una práctica decididamente repugnante y paranoica. De modo que a los colombianos no nos queda otro remedio que repensar de afán la estrategia de la guerra contra las drogas para cambiarla. Y es que hay un escenario que, aun considerando el futuro como un ejercicio arriesgado, cualquier persona con dos dedos de frente entiende en Colombia: si los cientos, quizá miles de millones de dólares del narcotráfico dejaran de alimentar las arcas de los enemigos acérrimos del país y de sus gentes, las negociaciones para poner fin al conflicto armado y proseguir con alguna forma de construcción y reconstrucción del país serían a estas alturas cuestión de unos pocos meses. Sin el ropaje del estercolado y fétido dinero de las drogas, se verían en toda su espectacular desnudez todos estos emperadores del mal.

Por eso hemos reunido en este número excepcional textos de diversas procedencias sobre alternativas radicales a la guerra contra las drogas. Los lectores notarán que se hace un cierto énfasis en opiniones y crónicas de americanos. La explicación es sencilla: dado que es allí donde se cocina la prohibición y dado que cualquier cambio perdurable de estrategia tendría que pasar por

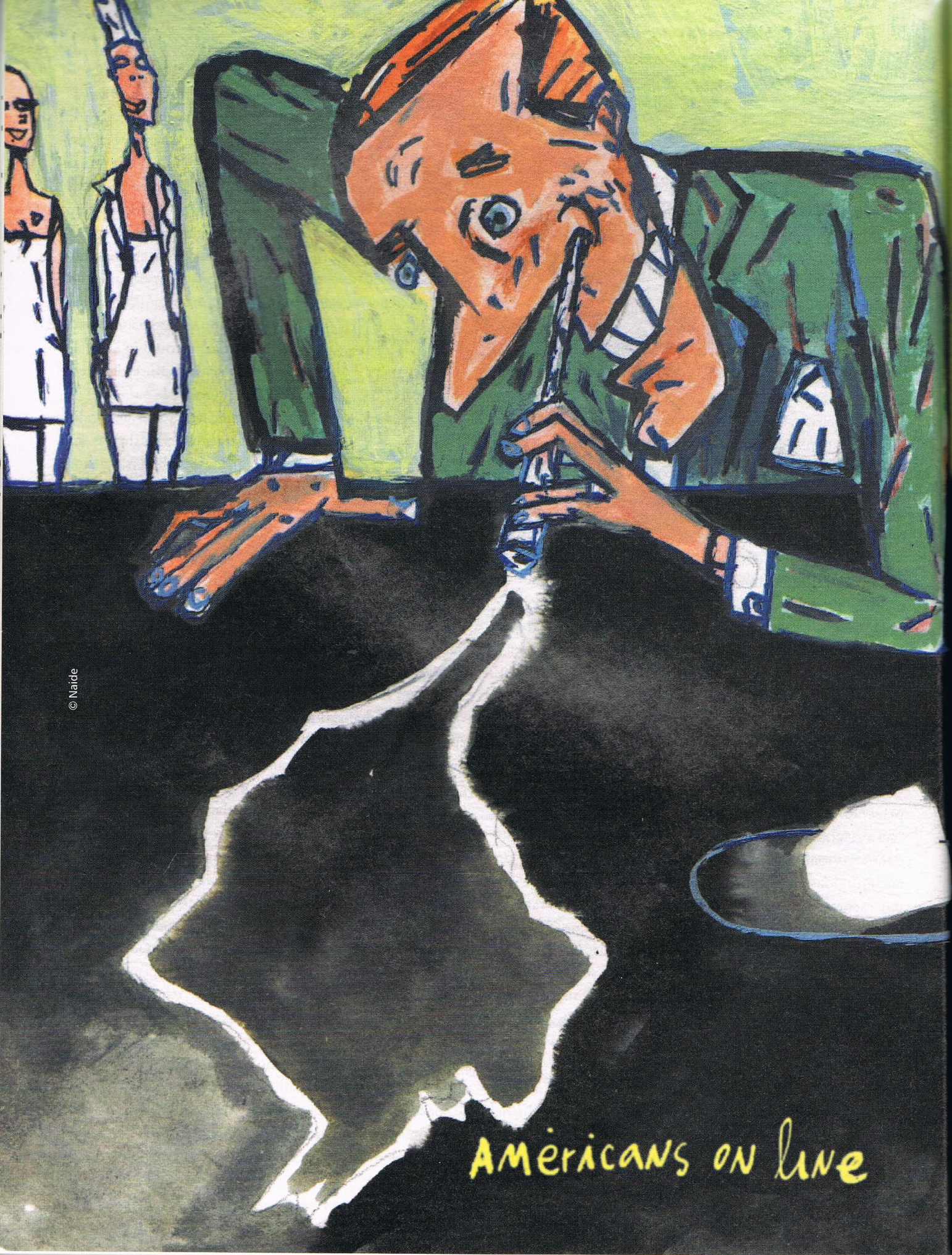
allí o por un aguda confrontación con el poder que desde allí se ejerce, resulta de elemental pertinencia que se conozcan las alternativas que están considerando gentes de todos los credos y posiciones políticas en los Estados Unidos. En Holanda, para citar un ejemplo, se ensayan alternativas muy interesantes, pero sería miope imitar a Holanda sin tomar en cuenta lo que esto significaría en términos de confrontación con los Estados Unidos.

También se ha repetido hasta la saciedad otra media verdad vieja que va camino de convertirse en una gran mentira nueva: que un país no puede proceder de forma unilateral con una legalización o con una audaz política de "reducción del daño", frase que figura con cada vez mayor fuerza en la literatura sobre el fenómeno y que deberá hacer carrera porque tiene vital importancia en la exploración de soluciones. La síntesis es clara: como vamos, vamos derecho hacia el desastre, de suerte que, proteste quien proteste, es preciso dar un timonazo.

Por lo demás, nadie hoy en el mundo, y mucho menos que nadie los Estados Unidos, tiene autoridad moral para cuestionar un cambio de rumbo que se aplique en Colombia, provisto que no parta de una visión de minorías iluminadas sino que se base en una amplia aceptación. Para esto sí aplican las necias palabras que sobre el tema de la cultura pronunció la ministra Consuelo Araújo Noguera: ha habido demasiados muertos y demasiada destrucción como para tener que importar recetas extranjeras que nos permitan remediar nuestros males.

No hemos pretendido ecuanimidad alguna a la hora de escoger los textos. Las defensas de las políticas actuales son demasiado conocidas y tienen la justificación ética cada vez más por el suelo. De ahí que las hayamos excluido de salida. Hecho el paréntesis del número presente, *El Malpensante* volverá a sus habituales territorios paradójicos en el próximo, de vez en cuando bajando a tierra para ver en qué tipo de embrollos sigue enfrascado el país en su desesperado esfuerzo por sacudirse la cascada de maldiciones que en los últimos años le ha caído encima.

Por último, ya que sobre la guerra contra las drogas tampoco tenemos una doctrina oficial, esperamos las cartas de nuestros lectores, pues al final de todas las cuentas es de su amplio espectro de donde saldrá o no un nuevo punto de vista sobre el fenómeno. ○



© Naide

AMERICANS ON LINE



# Entre el fascismo y un castillo de naipes

**Andrés Hoyos**

**El puritanismo americano y la guerra contra las drogas han creado una alianza monstruosa en Colombia. Abatir ese acuerdo, disolverlo, es con seguridad el reto más grande que enfrentamos los civiles.**

**La gente común y corriente**, aquellos que se cuentan en las encuestas y cuyas opiniones colectivas encumbran o derriban carreras políticas, ha tenido que obedecer leyes de naturaleza sorprendentemente diferente a través de las eras. Pongamos el ejemplo de un hombre blanco sentado en el patio de su casa en algún lugar del sur de los Estados Unidos hacia 1925. Para él hubiera sido ilegal beber whisky o cerveza, hubiera sido ilegal practicar la sodomía con su esposa legítima, pero en cambio hubiera tenido el derecho de obligar a cualquier persona de raza negra a enviar a sus hijos a una escuela segregada, a sentarse en la parte de atrás del bus y a utilizar servicios de calidad inferior en lugares públicos. Es probable que semejante situación le hubiera parecido natural al hombre del patio, pues la palabra "racismo" ni siquiera se había inventado. Interrogado sobre el tema, quizás habría dicho que sólo setenta años atrás la esclavitud era legal en el país y que la condición de la persona negra en cuestión era aceptable, o al menos mejor que la de sus abuelos esclavos. En fin, de seguro habría concluido que la persona negra no tenía nada de qué quejarse y, tal como sucedió después, se hubiera opuesto de patas y manos a cambiar la ley vigente.

En verdad no hay que indagar mucho para descubrir que la evolución de la legalidad en el mundo es asombrosa. En el siglo xvi, en toda la Europa católica era ilegal practicar otra religión que no fuera la del Estado, y en España cualquiera podía ser procesado por la Inquisición por poseer un ejemplar de la Biblia protestante de Casiodoro de Reina, la única en lengua vernácula en su momento y por mucho tiempo. Camino a la estaca, durante el juicio por herejía a que hubiera sido sometido el acusado, un extraño procedimiento se aplicaba: la mano del reo era expuesta al fuego; si se producían terribles quemaduras en ella, eso quería decir que el reo era culpable; si por razones incomprendibles para la ciencia moderna la mano salía incólume, eso quería decir que el reo era inocente. Esta forma extrema de "investigación" judicial legó a la mayoría de las lenguas europeas una palabra. En español es "ordalía". La ley, puede entonces decirse sin titubeos, existe en función del tiempo.

Aun así, no es común que se cuestionen los principios legales, pues se insiste mucho en una extraña ideología que sacraliza la ley. A despecho, toda persona razonable debe hacerse a sí misma la misma pregunta en pro de la cordura pública cada tanto: ¿qué tan justas son las leyes que se aplican en el tiempo presente? Y hoy esa persona no tiene que ser un marciano ni un viajero de universos distantes para concluir que un país en el que, dependiendo de la provincia escogida, un menor de edad puede ser sentenciado a

muerte y ejecutado tras largos años de cruel espera en la cárcel, al tiempo que ese mismo menor de edad ni siquiera al cumplir los dieciocho años puede ir a un bar a pedir un whisky —para no hablar de fumarse un cigarrillo de marihuana—, no es el país indicado para exportar doctrina legal al resto del mundo. De hecho, el europeo promedio encuentra estas leyes vigentes en los Estados Unidos extremas e injustas. A tal punto, que la tentación de adentrarse en el cenagoso terreno de las predicciones se torna irresistible y lo lleva a uno a afirmar que a su debido tiempo el uso de drogas psicoactivas será legal a lo largo y ancho de Occidente, y que la prohibición en vigor será considerada extraña y trágicamente viciada, tal vez estúpida y cruel. Lo que nos lleva a la cuestión realmente pertinente: qué tan largo es ese "debido" tiempo y qué se puede hacer para que sea lo más indoloro y breve posible.

Con ser que la democracia es formalmente el reino de las mayorías, varias de sus circunstancias e instituciones cruciales dependen de la voluntad de unas cuantas minorías organizadas. Estas minorías suelen tener privilegios heredados que desean mantener, y sus argumentos aseguran que el statu quo es bueno para el resto de la población y representa los intereses de las grandes mayorías. Se trata de una estratagema recurrente que no es tan diabólica como parece a simple vista. Los conflictos no han dejado de existir porque haya caído aquel famoso Muro, de suerte que todavía la lucha de clases es uno de los motores ocultos de cualquier sociedad. De hecho, la salud general de las minorías y sus mutuos conflictos y compromisos son indicadores claves del estado general de cualquier sociedad. Muy saludables fueron, valga el ejemplo, los avances de los derechos civiles y de las mujeres en la segunda mitad del siglo xx en Occidente, para nombrar dos fenómenos que superaron un estatus minoritario en los últimos cincuenta años. Pero, por supuesto, la voluntad organizada de las grandes minorías en otras ocasiones representa una carga muy pesada y malsana que la sociedad debe arrastrar por capricho de sus poderosos, como es el caso presente de la prohibición del consumo de drogas psicoactivas.

En la raíz de la prohibición, según lo señalan con creciente clamor intelectuales que van desde el economista conservador Milton Friedman hasta el psiquiatra semi-anarquista Thomas Szasz, se encuentran factores que no dependen para nada del claro razonamiento económico ni de la sana preocupación por la salud pública. Digan lo que digan las justificaciones machaconas de los zares antidrogas, cuando uno hace a un lado la hojarasca ideológica, encuentra en la raíz al fundamentalismo religioso, esa vie-

SU EXCELENCIA  
DÍGA SI NECESITA  
O NO LA SOBREDIÓCESIS





ja ideología puritana que a lo largo de los siglos ha propuesto no sólo la perfectibilidad de la condición humana, opinión muy debatible pero a la que cualquiera tiene derecho, sino el derecho que se arrogan dichos puritanos de imponer sus puntos de vista sobre los demás, lo quieran éstos o no.

Es preciso reconocer que el fanatismo religioso, así como el fanatismo político que de oficio lo acompaña, ha demostrado ser más duro de roer de lo que la vieja Ilustración pensaba, sobre todo cuando encuentra un terreno firme y ancestralmente escindido en dónde asentar sus campamentos guerreros. No es otro el caso de los Estados Unidos del presente, donde el establishment puritano justifica su prevalencia y su agresivo radicalismo social y moral en virtud del inmenso poder acumulado por el país en el mundo, el cual presume —con razón o sin ella, sería tema de otro largo debate— derivado de la férrea disciplina y de una unidad de propósitos bien poco natural en una sociedad tan heterogénea. Pero el fanatismo no es eterno, pues una vez debilitado debe pasar por traumáticas mutaciones antes de asomar de nuevo la cabeza, y en éstas suele enfrentar serias dificultades para recuperar el terreno perdido, como sucedió con el reciente desvanecimiento del extremismo católico en Europa y América Latina. Desde hace siglos la nostalgia y la tentación del pasado han sido fuente de movimientos antidemocráticos. No obstante, partiendo de un régimen democrático y de un razonable estado de prosperidad general, cabe esperar que el fanatismo pierda terreno poco a poco.

**Ahora bien: en la superficie** de la actualidad el fanatismo prohibicionista goza de muy buena salud y se sustenta en circunstancias interrelacionadas que lo refuerzan, muy en particular en los Estados Unidos. De un lado está el prejuicio de clase que condiciona de entrada la percepción del fenómeno, pues mientras los ricos pueden llevar sus problemas de drogas a costosas clínicas privadas donde la discreción y la calidad en el tratamiento son la norma, los problemas de drogas de los pobres se ven en las calles y suelen desembocar en escándalos que a veces figuran en las noticias de las seis. Pero si la división económica es su origen más general, el perjuicio en los Estados Unidos ha anclado sus cimientos en el racismo, realidad muy emparentada con la económica por el hecho de que allí la riqueza y las clases sociales se dividen según líneas raciales. Esta palabra “racismo”, anotémoslo de pasada, es muy reciente; fue acuñada alrededor de 1936 cuando algún nombre se hizo necesario para destacar las atrocidades de los nazis y de los

fascistas en Europa. No bastaba con que fueran atrocidades genéricas; eran atrocidades “racistas”.

Al abordar el tema de las drogas prohibidas, es de vital importancia preguntarse de dónde sale la popular e hipócrita idea que estigmatiza el tráfico y tolera el consumo. Porque ya preguntaba sor Juana Inés de la Cruz:

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga,  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

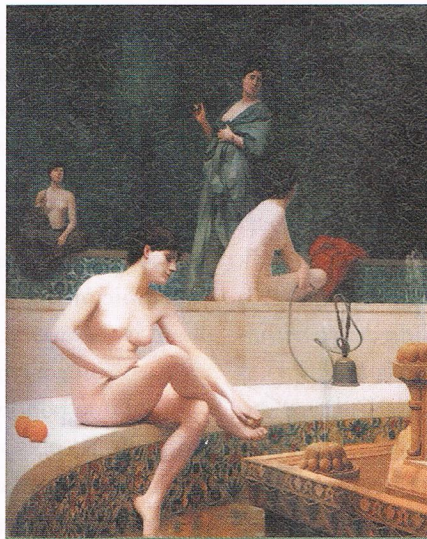
Quizá sea mucho pedir que en la DEA lean las antiguas y perspicaces estrofas de grandes poetas mexicanas, pero no sólo la dicotomía no es obvia sino que tiene implicaciones racistas muy claras. Las razas viven bastante separadas en Estados Unidos, y debido a la localización de los mercados de drogas en los centros de las ciudades, donde los negros y los latinos son predominantes, y debido a la fuente de la cocaína y últimamente de la heroína en Latinoamérica, un continente evidentemente lleno de latinos, los negros y los latinos han venido conformando una parte desproporcionada de los vendedores mayoristas, mientras los blancos conforman el grueso de los consumidores. De ahí la conclusión racista: los blancos son buenos pero débiles, en tanto los negros y los latinos son malos por naturaleza.

Esta situación me recuerda a *El francotirador*, la película de Michael Cimino, donde se predica una ideología casi idéntica. El sentimiento general que produce esta poderosa cinta es que los horribles vietnamitas corrompen, drogan y prostituyen a los inocentes y jóvenes blancos americanos. La película no pregunta, como era de esperarse, qué hacen estos inocentes soldados blancos armados hasta los dientes en el sureste de Asia. En estos últimos tiempos, el creciente cultivo de marihuana en los Estados Unidos y la proliferación del éxtasis cambiaron el mapa de la guerra contra las drogas de una manera significativa e irreversible: ahora hay grandes cantidades de blancos involucrados en la oferta de drogas. Antes, la represión que caía más que todo sobre ese lado era consistente con el racismo oculto: tener que lidiar ahora con granjeros que, como dice Eric Schlosser, “parecen salidos de las viejas páginas del *Saturday Evening Post*” ha embrollado el papel de los francotiradores en forma inesperada.

Pero volviendo al tema, la prohibición permite un racismo oculto cuando hace innecesario insultar a un negro o a un latino con vocablos feos y altisonantes, como “nigger” o “spic”, que la corrección política prácticamente ha bo-

rrado del mapa, cuando puede decirle con la misma eficacia “pusher”, “narcotraficante” o “envenenador de mis hijos”. De modo que si el patriotismo es el último refugio del canalla, según decía Samuel Johnson, la prohibición es el último refugio del racista. Y pese a que los americanos han sido desde siempre discípulos aventajados en el tema, el prejuicio racial vinculado a las drogas no es ni mucho menos un invento de Big Brother. Considérese el mito del hachís, droga hermana de la marihuana, obtenida también del *Cannabis sativa*, y considérese su conocida relación etimológica con la palabra “asesino”. Se dice que durante las Cruzadas, o sea durante la invasión cristiana a territorio musulmán en la Edad Media, una secta liderada por el “Viejo de la montaña” consumía hachís antes de entrar en batalla a masacrar a miles de cristianos. La droga presumiblemente daba al “hashashin” visiones y justificaciones celestiales que lo hacían valiente. Aparte del hecho de que cualquier musulmán que matara cristianos en la época tan sólo estaba defendiendo su territorio, la leyenda es sospechosa: el hachís no suele producir alucinaciones y bien por el contrario reduce el comportamiento agresivo. De modo que en la cocción de la famosa palabra “asesino” jugó un papel decisivo el delirio cristiano, y el miedo racial resultante condujo, entre otras cosas, a la demonización temprana del hachís y de la marihuana.

**Cualquier historiador sabe** que los errores políticos son fáciles de cometer pero en extremo difíciles de reparar: la prohibición ha creado una nueva clase criminal que no desaparecerá apenas porque se legalicen las drogas. El dilema, empero, es cuánto dinero adicional, y por lo tanto cuanto poder adicional, está una sociedad dispuesta a seguir poniendo en manos de estos criminales. El tráfico de drogas es, junto con el tráfico de armas que tanto favorece a los fabricantes americanos y europeos, el *único* negocio ilegal que es al mismo tiempo espectacularmente rentable



©Jean-Léon Gérôme (1898)

**El tráfico de drogas es, junto con el tráfico de armas que tanto favorece a los fabricantes americanos y europeos, el único negocio ilegal que es al mismo tiempo espectacularmente rentable e inmenso en extensión.**

e inmenso en extensión. Si bien el incendio criminal tal vez no se extinguirá con la legalización, no es solución alguna seguirlo alimentando con torrentes de gasolina. El pasado puede ser estudiado, no modificado: delincuentes de crueldad aterradora han obtenido inmenso poder e incalculables cantidades de dinero para funcionar, pero también —y esto es menos visible aun cuando tanto o más importante— la guerra contra las drogas ha sacado a la luz el rostro feo y airado del cruzado semifascista que habita la casa de la prohibición. Es un espectáculo escalofriante: la aplicación a gran escala de crueldad institucional, es decir, pública y política.

Un aspecto central sobresale en la perpetuación de esta crueldad colectiva: el miedo al riesgo que experimentan los políticos de centro, tradición muy exacerbada por la leyenda triunfante de Bill Clinton. Resulta de veras infortunado que un mago del mimetismo, un político camaleón que cambió sus (presuntos) principios tantas veces cuantas fue necesario para tener éxito en su carrera, sea al mismo tiempo el más exitoso practicante de la profesión en los últimos tiempos en los Estados Unidos, es decir, en la vitrina política más importante del planeta. ¿El resultado? Que la gran mayoría de po-

líticos centristas lo quieren imitar, quedando apenas los extremistas, en especial la poderosa extrema derecha cristiana, para pelear por sus muy cuestionables principios. De ahí que el miedo al cambio y el miedo a contradecir las encuestas sea la norma. Sobra decir que la historia ofrece numerosos ejemplos contrarios al método de Clinton —Franklin Roosevelt para no ir más lejos—, pero sin efecto: la peste del presentismo lo invade todo.

Hay otro factor en juego que brota de la raíz prohibicionista o que más exactamente encarna su expresión práctica en los eventos cotidianos: el control. Contar con chivos expiatorios, poder inmovilizar amplios sectores de la sociedad y degradar grandes minorías permite que el poder permanezca en las manos tradicionales. Aquí también se

puede afirmar que la situación no es tan diabólica como parece. En el país más poderoso del mundo el poder se ejerce casi por inercia y mientras no sea retado en forma eficaz, no se puede ni soñar con cambios. Sin embargo, la mayoría *WASP* (sigla de blanco, anglosajón y protestante) no se comporta en este tema con la acostumbrada displicencia de quienes se sienten seguros en su posición de fuerza. Muy por el contrario, cunde la histeria en el campo prohibicionista. Al comentar la inesperada salida del gobernador republicano de Nuevo México a favor de la despenalización de las drogas, una representante a la Cámara por ese mismo partido y estado le decía a la Associated Press: "Incluso la realización de un foro nacional sobre despenalización envía el mensaje equivocado". ¿O sea que el tema ni siquiera se puede discutir? Por ahí mismo, Barry McCaffrey, zar antidrogas del gobierno americano, ha vociferado en todos los tonos posibles que Johnson está prácticamente loco. La pregunta obvia es: si los cruzados están tan seguros de que defienden la opinión eterna e inamovible del público americano, ¿por qué andan tan nerviosos?

Pues bien, tal vez sea la intuición o hasta la naturaleza religiosa de su campaña lo que inquieta, agita y alborota a estos cruzados, pero al poner el asunto en una perspectiva histórica más amplia uno entiende que tienen mil razones para estar nerviosos: el edificio de la prohibición es muy frágil, al punto de que es comparable con un castillo de naipes que se podría venir abajo si se le sacan de la base las cartas adecuadas. Lo que nos lleva al tema de la táctica y de la estrategia que pueden aplicar quienes se oponen a la prohibición para acelerar la demolición del indeseado edificio. La respuesta, a mi juicio, tiene tres patas; es decir, hay tres debilidades obvias que saltan a la vista en el caso de la prohibición. La primera es la marihuana, la segunda es la destrucción de las familias y la tercera es el dinero o, más exactamente, el costo general de mantener la prohibición.

Ataquemos primero el tema de la marihuana. De tener los prohibicionistas menos fanáticos una opción a estas alturas, de poderle sacar apenas una carta al castillo sin causar una catástrofe en su causa, creo que legalizarían la popular hierba y nada más. Algunos incluso se lamentan de que la línea de trincheras les fuese trazada en el pasado y que ahora sea imposible correrla sin riesgo de que colapse todo el castillo de naipes. En los años cincuenta se decía que la hierba enloquecía, llevaba al asesinato de la abuela o inducía a los hombres a desarrollar unas bellas protuberancias frontales que a los que de veras las desean les implican costosas y dolorosas operaciones. A estas alturas se ha "sofisticado" el mensaje: ahora la hierba no mata ni enloquece,

pero sí es el umbral que lleva a otras drogas; ahora los hombres no desarrollan senos pero sí se vuelven proclives a la homosexualidad. Aunque es muy obvio que los prohibicionistas cometieron aquí un garrafal error de apreciación, bajar las penas para la posesión de marihuana, para no hablar de legalizarla, daría un vuelco a la marea y desbloquearía el camino hacia la perdición temida, pues hasta el prohibicionista más sensato comprende que pasar de la mentirosa muerte de la abuela a vender la hierba en paquetes de veinte cigarrillos marca registrada *Bareta* sería un salto mortal que pondría a temblar todo el andamiaje de la prohibición.

La verdad, como de costumbre, es más pedestre. La marihuana es apenas una droga aburridora, que tal vez despierta el apetito y que aturde un poco, de forma no muy diferente a ciertos programas de televisión. Empujando un poco el ánimo condenatorio, tal vez pueda decirse que tiene un efecto nocivo más o menos duradero sobre la memoria. Pero los miles de estudios que se han conducido con la esperanza de demostrar los horrores de la hierba han llegado a una conclusión poco edificante para los fanáticos: la marihuana es una droga benigna, si se la compara con el alcohol que, por supuesto, es legal. No existe el equivalente de la cirrosis alcohólica ni del enfisema del tabaco, y hasta sus efectos narcóticos son moderados. Si no lo cree, pregúntese con quién preferiría tener qué vérselas en una autopista a 130 kmh: con uno que haya fumado un joint muy fuerte o con otro que se haya bebido tres cuartos de botella de whisky. La situación presente en Estados Unidos es surrealista: miles y miles de ciudadanos normales purgan largas penas de prisión por escoger una forma de aburrimento sobre otra.

La segunda carta que promete ser fatal para la prohibición es justamente el extremismo de las condenas mínimas obligatorias, o sea de las penas de prisión que se diseñaron específicamente para los infractores de drogas. Las crónicas del fenómeno se leen por todas partes, si bien lo importante es que un gran movimiento de base ha surgido de la nada para pedir la revocatoria de estas leyes, poniendo al propio gobierno a la defensiva. El patrón de la guerra contra las drogas se repite a la inversa: la cruzada comenzó con la movilización de los familiares de gente que escogía el abuso de las drogas como camino para destruir sus vidas, mientras ahora las largas penas de prisión aplicadas movilizan a los familiares de los afectados por la injusticia. Y como los cruzados ya aterraron (o alertaron) a sus hijos adolescentes, que aprendieron a no dejar chicharras botadas por ahí, en tanto que las draconianas leyes siguen condu-

ciendo a centenares de miles de americanos a prisión, el movimiento contrario no puede sino prosperar.

La tercera carta que promete efectos demoledores es el costo general de la prohibición. Aquí la situación es difusa y volátil porque no existe, que se sepa, un estudio serio de cuál es este costo proyectado a la presunta duración de la guerra contra las drogas. Pero así por encima habría que tomar en cuenta los siguientes factores:

—El costo directo de la represión, medido en agentes de la DEA, policías especializados, aviones, barcos y sistemas de inteligencia dedicados en exclusiva a eso.

—El costo del deterioro de los centros de las grandes ciudades donde se vende la mayor parte de la droga.

—El costo de las cárceles que literalmente han debido multiplicarse para encerrar a traficantes nacionales y extranjeros, así como a la exorbitante cantidad de infortunados que se han dejado pillar con la cucharita o la chicharra en la mano.

—El costo de oportunidad que significa no tener a la mayoría de esos policías, traficantes y consumidores ocupados en labores productivas.

—El costo directo e indirecto de la corrupción oficial, que como la hidra de marras por allá también saca a relucir la hirsuta cabeza.

—El costo del déficit comercial, que calculado a mano alzada según las cifras conocidas puede ascender a un 10% del total.

—El costo del deterioro de países como Colombia, México y de casi toda la América Latina y el Caribe en mayor o menor grado —para no hablar de Rusia y Europa—, no tanto porque a los gringos les duelan las catástrofes de los demás, cuanto porque se trata de posibles socios comerciales y clientes que compran menos productos americanos y reciben menos inversión productiva o la retribuyen menos bien a causa del flagelo.

Decidir a cuánto tiempo proyectar estos costos no es tema para economistas sino para adivinos, pero tomando al azar la cifra de veinte años —y no sé de nadie que piense que la guerra puede ganarse en menos tiempo—, se llegaría a una cifra simple y llanamente astronómica. Los números son fríos, claro está, pero debe enfatizarse que detrás de ellos hay inmenso sufrimiento humano, miles de muertos, terrorismo, vidas destruidas, países descuartizados, opresión.

En el lado opuesto de la balanza está el costo de adelantar una campaña masiva y ojalá bien diseñada contra el abuso de las drogas, así como el costo de los tratamientos de salud para el posible aumento en el abuso debido a la lega-

lización. En cuanto a la extensión de este último fenómeno, pienso que el 25% de aumento temporal en el consumo de alcohol que se dio luego de la abolición de la prohibición en los años treinta es el tope pesimista. Al fin y al cabo, en la época no sólo la gente se desquitó, sino que no se sabía nada de medidas preventivas y no se realizaron campañas contra el consumo. Hoy el partido se jugaría sobre un campo más nivelado y si, como proponen los legalizadores sensatos, se cobra un impuesto alto a la venta de psicoactivos en el futuro, no es arriesgado predecir que los recursos obtenidos cubrirían con creces los costos de cualquier campaña y de una amplia gama de facilidades para el inevitable abuso. ¿Que la naturaleza humana no es perfectible? Vaya descubrimiento. Una inmensa cantidad de ingenio humano se ha dedicado a inventar objetos y tratamientos para remediar nuestras imperfecciones: senos de silicona para hacer lo que la marihuana definitivamente no hace, luz eléctrica para compensar la deficiencia de nuestros ojos en comparación con los de los gatos, y sillas ídem para curar la maldad de una persona con una sola bajada del interruptor.

**La que precede es la cartografía** estratégica. La foto táctica, sin embargo, es mucho más turbia. Los campos comba-



tientes han cavado sus trincheras en territorio inestable. La prohibición avanzó unos cuantos cientos de kilómetros en las dos décadas precedentes apoyada sobre el furor de los padres de familia electrizados, pero ahora su comandancia parece dar muestras de fatiga e histeria. En los chats cibernéticos que sobre el tema se llevan a cabo (he visitado uno en CNN y otro en el *New York Times*), los cruzados son maltratados y ridiculizados con frecuencia. Aun cuando no se sabe qué pasará mañana, parece sensato sugerir que el cambio vendrá por etapas. La primera de éstas ya está sobre el tapete y cuenta con un creciente número de partidarios: se llama “reducción del daño”. Grosso modo, reducción del daño significa menos represión, más tratamiento y sobre todo menos crueldad con los ciudadanos de a pie que no ejercen violencia alguna. Hay reductores del daño —para darles un feo apelativo provisional— que están a favor de la prohibición; los hay también en contra, y los hay que no se deciden o que son tibios para un lado u otro. Los cruzados afirman que la reducción del daño es un paso en la dirección equivocada, y desde su óptica tienen toda la razón. Puede llegar a suceder que en el futuro la reducción del daño sea el último refugio del prohibicionismo, pero por el momento la sola posibilidad de intentar algo así les parece inconveniente y peligrosa.

Ahora bien, está muy claro lo que reducción del daño significa para los países consumidores —basta con citar el ejemplo holandés—, pero no se ha discutido mucho lo que significaría para los países productores o países puente, como Colombia, México y en menor medida el resto de la América Latina. Porque suavizar el trato hacia los consumidores mientras se endurece la represión del cultivo y del tráfico, es decir, penalizar un solo lado de esta ecuación inextricable, llevaría el debate internacional de la justificación de la prohibición al punto de quiebre. ¿A unos los tratan como hijos descarriados de papá mientras a los otros los tratan de asesinos y los fumigan como a desechos miserables? Ni soñarlo. Así que cualquier aplicación extensa de la reducción del daño debe afectar por igual a todos los involucrados en el problema. Y aun cuando la discusión de esta alternativa apenas empieza, se me ocurre que para un país como Colombia implica gastar dinero en campañas, en tratamientos, en patrullaje de fronteras, en detección de vuelos y demás, pero por encima de todo implica *cesar la persecución del campesino cultivador*, permitiéndole por esa vía prescindir de la protección de los guerrilleros y de los paramilitares.

Y es que son tan absurdos los contrasentidos engendrados por la actual guerra contra las drogas, que incluso pue-

den haber provisto a los revolucionarios del país con algo que en la década de los setenta se discutió mucho y se consideró el eslabón perdido que hizo falta a la hora de coronar una posible revolución socialista. En esa época se hablaba, sobre todo bajo las toldas maoístas, de la “burguesía nacional”, un sector social capitalista poderoso que a semejanza del Koumintang chino o de los nacionalistas vietnamitas tendría sentimientos antiimperialistas lo suficientemente poderosos como para llevarlos a una alianza con los comunistas con el fin de expulsar a los extranjeros del territorio y lograr lo que se conocía con el bonito nombre de “revolución democrática”. Después, sobra decirlo, la idea era seguir la tradición leninista y a la salida de la breve proyección de la “revolución democrática” asestarles a los aliados burgueses una buena puñalada por la espalda para proceder sin dilaciones a la implantación de la dictadura del proletariado. Lo cierto es que en ese entonces la “burguesía nacional” no apareció por ninguna parte, y a lo largo y ancho del continente el maximalismo se debilitó o, como sucedió en Colombia y en el Perú, se salvajizó. Pero, ¿qué son los narcotraficantes si no un sector social capitalista poderoso y enemigo acérrimo de los americanos? Si un país como Colombia quiere salir del sangriento atolladero del presente, es indispensable disolver esta alianza perversa mediante la legalización de las drogas o mediante una audaz política de reducción del daño que la haga imposible e innecesaria.

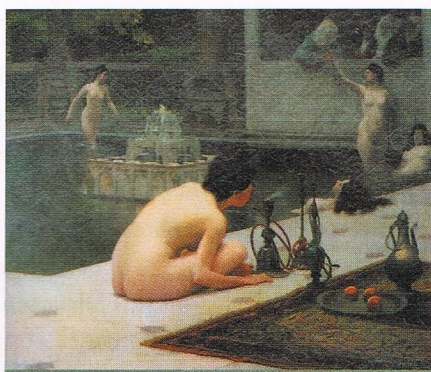
Recapitemos aquí. La reducción del daño, como otras teorías mitigantes, son transitorias, al igual que la mayoría de los enfoques no fanáticos. Los verdaderos prohibicionistas dicen: aquí está mi pistola, se van a la cárcel todos los que violen la ley y yo no discuto con maleantes. Si fueran coherentes, pedirían la penalización del alcohol y del tabaco, pero el principio prohibicionista se ve tan absurdo bajo esta luz que ni siquiera a ellos les alcanza la rabia para proponer una estupidez de ese calibre. La histeria, no obstante, delata también transitoriedad. La solución de los problemas sociales, cuando existe, no es nunca tan severa como echar a la cárcel a medio mundo.

En lo que hace a las consecuencias inmediatas de la legalización, es preferible no predecir mucho, aparte de decir que es filosóficamente aceptable, social y económicamente imperativa y que significa prosperidad y fin de sufrimiento para muchos. De nuevo el alcohol, la droga legal que más se parece a las ilegales, es un buen modelo para examinar lo que puede suceder. En algunos países el alcoholismo es un problema menor, en otros es un problema importante, pero sólo en la Rusia del presente es una catástrofe, entre

muchas catástrofes concomitantes que el libre mercado mal aplicado, helás, tampoco resolvió. El grado de alcoholismo varía ampliamente según las fronteras —por ejemplo, es muy alto en Chile y bastante bajo en Argentina, dos países separados apenas por una alta cordillera—, lo que sugeriría que otras manos distintas a las de Dios intervienen en el desenlace. El hecho de que el alcoholismo varíe según las fronteras políticas, para no hablar de las obvias fronteras religiosas, significa tal vez que se requieren políticas nacionales para atacar sus formas más dañinas, y que las costumbres imperantes son decisivas a la hora de determinar su extensión.

De cualquier modo, el alcoholismo no se distribuye según las líneas de riqueza, sino según las líneas de descomposición social, desintegración de la familia y estrés general a que está sometida una población. La educación y los hábitos de nutrición, inclusive el clima, parecen desempeñar una influencia primordial. Los círculos académicos americanos, conocidos por incurrir en distorsiones apologéticas de muchas teorías, hace años andan muy atareados descubriendo genes que “explican” la obesidad, la propensión al abuso de las drogas y así. La tendencia al alcoholismo tiene sin duda un componente hereditario, pero ¿por qué será que en países con poblaciones de composiciones étnicas muy parecidas a la americana, como Francia y España, estas condiciones se presentan en proporciones decididamente más bajas? Con ser que los Estados Unidos tienen el régimen antialcohólico más drástico del mundo occidental, la epidemia alcohólica no es allí la más baja, ni por mucho. Bien por el contrario hay demanda para bebidas ridículas como el ron Barcardi 151 Proof (75% de alcohol por volumen) y, en algunos estados, un potaje llamado Everclear, 190 Proof, o 95% de alcohol por volumen. Obviamente el Everclear no es apto para seres humanos no enfermos, aunque de pasada sí resulta inestimable como disolvente para extraer aceite de THC de la marihuana.

Lo que no admite duda es que existe una demanda de psicoactivos insatisfecha y cambiante según la geografía.



©La encendedora de narguile • Jean-Léon Gérôme (1898)

**¿A unos los tratan  
como hijos descarriados de papá mientras a los otros los tratan de asesinos y los fumigan como a desechos miserables?**

**Ni soñarlo.**

La guerra contra las drogas cuenta con la noción de que el precio tiene una gran incidencia en el consumo. La realidad, y no sólo los beneficios obtenidos por los narcotraficantes, parece ir en contravía de esta peregrina noción. En Colombia, donde la cocaína es más barata y más pura que el alcohol y se consigue con obvia facilidad, el abuso de drogas no es un problema inmanejable. Eso sí, nos toca de tarde en tarde el espectáculo de algún extranjero que no bien se baja del avión le da por bañarse en cocaína, pero siempre se trata de un viejo aficionado. Cualquiera que haya frecuentado círculos intelectuales, artísticos y publicitarios conoce gente que consume drogas. Al menos en mi experiencia, nadie me ha dicho, ni en Colombia ni en el extranjero, que el precio sea un factor determinante a la hora de tomar la decisión clave de consumir o no.

Cuando un visitante extranjero llega a los Estados Unidos, lo sorprende la intensidad con que se anuncian y se mercadean las drogas legales. No hay programa de televisión que no traiga su señora con dolor de cabeza o su camionero con hemorroides. Dada esta tendencia al sobreconsumo de drogas legales, ¿por qué les extraña tanto que sean populares las ilegales? Después de todo son fenómenos que participan de una misma naturaleza y de una misma intención: alterar las condiciones normales mediante agentes artificiales. En ambos casos, desde luego, existe la posibilidad del sobreconsumo. Y tampoco son fenómenos aislados, ya que alterar la realidad y sobreconsumir son dos obsesiones muy americanas en todos los ámbitos de la vida: en el cine, en la arquitectura, en la comida. Tanto así, que se ha producido una gran avidez inversa contra lo alterado, en la forma de productos “naturales”. Pulula el vegetarianismo y hasta la anorexia y la bulimia de sus jóvenes azotadas por la publicidad.

Lo otro que está demostrado más allá de toda duda es que la represión propaga la enfermedad. El lavado de dinero es rampante y sólo puede ser detenido mediante medidas que serían simple y llanamente catastróficas para el sistema financiero. En marzo de este año el Departamento

del Tesoro americano reveló unas estadísticas en extremo preocupantes: el tráfico de drogas y de armas, el fraude con títulos bancarios y acciones y la falsificación de dinero tienen un valor anual de 600 mil millones de dólares. Según Raymond Baker, un experto en lavado de dinero del Brookings Institution, la mitad de todo el dinero se lava en los propios Estados Unidos. ¡Y hay quien asegure que la victoria en la guerra contra las drogas está cerca!

El panorama internacional del presente parece una película de horror: hay detectores de metales a la entrada de los colegios de secundaria americanos, por sus corredores deambulan perros antinarcóticos y cualquier plantel está plagado de soplones. Las técnicas de investigación criminal más usadas, que se basan en informantes pagados y en la compraventa de pistas sobre el tráfico de drogas, son una forma flagrante de corrupción institucional. Un ingenuo no demasiado enterado de las acrobáticas justificaciones éticas de la jurisprudencia puritana podría afirmar que con ellas la ley cayó en manos de los criminales. Todo considerado, la semejanza con la Italia de Mussolini o con la Alemania de Hitler no es para tomarla a la ligera, pues fueron la paranoia combinada con la delación sistemática y la prevalencia de una mentalidad represiva en amplios sectores de la población las que dieron nacimiento a las criminales organizaciones de masas que enloquecieron a Europa y a Japón en los años treinta. Todo empezó con otras formas de crueldad colectiva con propósitos aparentemente benévolos.

Más al sur, en Colombia, vivimos una guerra absurda y casi imposible de resolver pues los inmensos caudales aportados por el narcotráfico tienen a los extremistas envalentonados y dispuestos a proseguir por una senda de sangre que todavía creen que conduce al poder. Los paramilitares están organizando masivos núcleos fascistas de empresarios, terratenientes y campesinos, masacran y aplican tácticas copiadas de sus enemigos y reclutan a los desertores. En el lado opuesto, la guerrilla destruye pequeñas poblaciones, secuestra, procede a una repugnante compraventa de seres humanos con la delincuencia común y extorsiona incluso a gente que escasamente está por encima de la línea de pobreza. Tal parece, como decía Fouché, que más que un crimen lo que están cometiendo es una grave equivocación, pues a estas alturas los colombianos son cada vez más reacios a tolerar la bestialidad, y circulan nociones de que no queda otro remedio que fortalecer la capacidad represiva y ofensiva del Estado para enfrentar a los extremos enloquecidos. Como siempre, la violencia engendra miseria y atraso, pese a la demagogia que desde hace décadas se

escuda en la frase contraria. La guerra contra la democracia, en todo caso, es financiada principalmente por el narcotráfico y en este aspecto crucial el Plan Colombia no ofrece ninguna solución creíble ni duradera.

Al final de todas las cuentas, la prohibición se basa en la noción sospechosísima de la adicción. ¿Es adictiva la comida de la forma en que las drogas se dicen adictivas? Cualquiera que se haya paseado por un suburbio de clase media americano y haya entrado en una cafetería puede contestar con un sonoro ¡sí! Sí, yo vi una adolescente de 130 kg de peso y luego la vi replicada varias veces, y vi que no podía parar de comer. Algunos dirán que la comida es indispensable en tanto las drogas no lo son. Pero ¿es necesario el juego?, ¿son necesarios los casinos?, ¿son necesarios los deportes peligrosos? No, no lo son. Lo que sí es necesario es una cartita frágil que se halla en el fondo de la pila, ahogada por el agobiante peso del castillo de naipes puritano, una cartita frágil pero insustituible: la cartita de la libertad. La libertad está atada a la estaca. El puritano de ojos dementes se acerca blandiendo una cruz y con un fósforo encendido en la mano. Que alguien, por favor, encienda el ventilador o por lo menos ponga a funcionar el viento. ○

**LA FRONTERA**  
PARA NUESTRO SEGUNDO ANIVERSARIO 17 de Sept.  
Cocina Mexicana  
ABIERTO DE LUNES A VIERNES de 12 m a 3 pm Y de 6 pm a 12 am  
SABADOS de 6 pm a 12 am  
DOMINGOS de 12 m en adelante  
Carrera 4A No. 26A-05  
Tel. 2811653 - 2434602  
Santafé de Bogotá  
SERVICIO A DOMICILIO EN LA ZONA

